XILOCA 23
págs. 187-201
1999
ISSN: 0214-1175

EL MAESTRO DE RETASCÓN Y OTROS ASUNTOS ARAGONESES EN *LA PIEL DEL TAMBOR,* DE A. PÉREZ REVERTE

José Mª de Jaime Lorén*

Resumen.– *Análisis antropológico que hace A. Pérez Reverte en su publicación* La piel del tambor, *en la que se describe la personalidad, naturalidad y caracter del aragonés.*

En ella se alude también a una tabla gótica del Maestro de Retascón, pintor gótico de principio del s. XV y personaje escasamente conocido, ignorado por las principales enciclopedias y tan sólo mínimamente por la Aragonesa trata de su existencia y así llamado por el retablo que se conserva en la iglesia de este lugar, próximo a la ciudad de Daroca. De él destacan los historiadores de arte la serenidad y la lírica dulzura de sus trabajos.

Abstract.– *Anthropologic analysis that Pérez Reverte makes in his publication* La piel del tambor, *in which he describes the Aragonese personality, naturalness and character. It is also mentioned in it a gothic table of the Master of Retascón, gothic painter of the beginning of XV century and a person barely known, ignored by the main encyclopaedias, and only slightly by the Aragonese, he treats its existence. He is called that way because of the altarpiece that it is kept in the church of this place, next to the city of Daroca. Historians of art underline of him the serenity and lyrical sweetness of his works.*

No son demasiado habituales los paisajes o los personajes aragoneses en la literatura contemporánea española. Los hay, que duda cabe, pero no mucho más que,

* Dr. Ciencias Biológicas.

generalmente, discretas referencias más o menos autobiográficas de autores que, de una o de otra forma, están o han estado relacionados con nuestra tierra, porque tal es su naturalidad, por vínculos familiares o de amistad, o porque la han visitado en un momento dado. Encontrar estas citas en obras con tiradas de cientos de miles de ejemplares, ya es mucho más difícil.

Y esto es lo que nos ha sucedido al leer la novela de Arturo Pérez-Reverte, *La piel del tambor*[1]. En efecto, no es que, solamente, uno de los dos sacerdotes protagonistas, Mosen Príamo Ferro, sea de origen oscense, ocurre también con otros personajes secundarios que conforman el fondo del paisaje argumental, como el desconocidísimo Maestro de Retascón, autor de un bellísimo retablo gótico que se conserva en la iglesia de esta pequeña localidad de la antigua Comunidad de Daroca. Y eso que la acción transcurre prácticamente en su integridad en la ciudad de Sevilla, apenas unos pocos años después de la celebración en la misma de la famosa Exposición Universal de 1992. Es decir coetánea, aproximadamente, de la misma edición de la novela.

A grandes rasgos el argumento es como sigue. En el ordenador central del Vaticano se recibe un enigmático mensaje dirigido por un desconocido pirata informático al papa Juan Pablo II, dando cuenta que en Sevilla se quiere derruir una pequeña iglesia del Barrio de Santa Cruz que, para defenderse, al parecer es la responsable ya de dos muertes, una de un arquitecto municipal, y la otra del secretario particular del arzobispo. Para indagar sobre el terreno se envía a Lorenzo Quart, sacerdote del Instituto de Operaciones Exteriores, una especie de policía secreta vaticana de guante blanco, pero *precisa y fiable como una navaja suiza*.

Establecido en la capital andaluza, rápidamente advierte los intereses urbanísticos que hay tras el proyecto, de los que se beneficiaría un cierto Banco Cartujano –aquí un guiño a la pasada Expo sevillana–, el ayuntamiento, y el mismo arzobispado que, en el trueque, salía harto beneficiado. En defensa de la vieja iglesia tan sólo se alinean unos pocos feligreses recalcitrantes, una anciana duquesa y su hija, eslabones finales de una vetusta familia de Grandes de España venida muy a menos, una monja americana empeñada por su cuenta desde hace años en la restauración del edificio y, capitaneando el equipo, el párroco don Príamo Ferro, ayudado por su coadjutor que, precisamente, había sido puesto por el arzobispo para sujetarlo y volverlo al redil pastoral.

Sobre la causa de las muertes, la policía entiende que han sido accidentes fortuitos. En el caso del arquitecto caída desde un elevado alero cuando lo inspeccionaba, y en la del secretario arzobispal por el desprendimiento accidental sobre su cabeza de un bloque de mampostería de la techumbre.

Pero dejemos aquí planteado el nudo argumental en el que se entrecruza una variada gama de arquetipos del hampa sevillana, para centrarnos en lo que, para nosotros, es lo verdaderamente importante: el choque de dos grandes personalida-

1. A. PÉREZ-REVERTE, (1995): *La piel del tambor*. Madrid, Alfaguara, 589 pp.

des, de dos formas aparentemente antagónicas de entender el sacerdocio. De una parte el joven agente vaticano del I.O.E., corbatas de seda, atuendo impecable, hombre de mundo que domina varios idiomas, preparación paramilitar, vamos como una versión actualizada de la milicia templaria de los siglos pasados, una suerte de tren de alta velocidad bien engrasado. De otra un viejo cura aragonés que, tras pasar casi toda su vida en un olvidado pueblo del Pirineo, lo trasladan a una vetusta parroquia sevillana; testarudo, independiente, descuidado en el vestir y en el hablar, se ha hecho fuerte en su iglesia y no está dispuesto a dejársela arrebatar por más intereses urbanísticos, económicos ni políticos que haya, ni por muchas bendiciones que lleven de su arzobispo; es decir, un oxidado pero poderoso tren de mercancías a toda máquina.

Puestos uno frente al otro el choque es inevitable, y sucede a las primeras de cambio con las consiguientes secuelas para ambos contendientes. Mas, algo muy espiritual hay en el interior de ambos que poco a poco, con delicadeza, lleva la trama del argumento por derroteros siempre sorprendentes.

CURA INDISCIPLINADO Y ASTRÓNOMO

Sin embargo, esto es lo de menos para nosotros, que buscamos destacar aquí el talante hondamente aragonés de Mosen Príamo Ferro. Quien conoce la literatura de Pérez-Reverte, sabe la excelente documentación que maneja siempre para ambientar los paisajes, los personajes o la época en que transcurren sus obras. Por eso no es nada casual que busque dar a este sacerdote raíces aragonesas, ni siquiera el nombre con que lo bautiza, como veremos más tarde. Desde el comienzo resulta evidente que busca un arquetipo conocido para este cura, un arquetipo que, pensamos, está bien dibujado en la misma literatura aragonesa.

Pero, dejemos al propio autor describir el primer contacto entre estas personalidades tan acusadas, lo que podríamos llamar, en el propio argot de sus otras novelas, las primeras espadas que se cruzaron. Así, cuando en presencia del arzobispo sevillano Quart le presenta las credenciales que trae de la Secretaría de Estado del Vaticano, “Don Príamo Ferro cogió la carta y, sin mirarla siquiera, la rasgó en dos. Los pedazos revolotearon hasta el suelo. –Me importan un bledo sus credenciales”[2].

Con sesenta y cuatro años de edad, “pequeño y desafiante... el padre Ferro era, exactamente, el oscuro parroquiano del extremo de la barra que, mientras los otros vociferan, bebe en silencio hasta que de pronto rompe una botella y te afeita en seco. Tampoco habría hecho mal papel vadeando la laguna de Tenochtitlán con el agua por la cintura y una cruz en alto. O en las Cruzadas, degollando infieles y herejes”[3]. Valiente hasta la temeridad por defender su iglesia, “Su enfrentamiento con el arzobispo es una guerra abierta... En cuanto al alcalde, amenaza con poner una querella: considera insultantes los términos en que don Príamo se refirió a él durante la homilía

2. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 88.

3. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 88.

de la misa dominical, hace un par de semanas ... Lo llamó especulador infame, prevaricador y político sin conciencia ... –¿Suele pronunciar ese tipo de sermones?– Sólo cuando se calienta mucho, últimamente quizá con cierta frecuencia. Habla de los mercaderes que invaden el templo, y cosas así"[4].

No obstante a sus diferencias con su superior, el arzobispo reconoce que "Lo que hay es un problema de disciplina. Aunque sea un hombre de edad, ultraconservador incluso en algunos aspectos de su ministerio, el padre Ferro mantiene posturas muy personales. Entre otras se pone por montera todas mis pastorales y llamadas al orden".

Da a continuación un resumen esquemático de su biografía y de su forma de entender el sacerdocio: "Tosco cura rural durante casi toda su vida: desde los veintitantos a los cincuenta y cuatro años, en un pueblo perdido del Alto Aragón; un lugar olvidado de Dios donde se le fueron muriendo los feligreses, uno por uno, hasta que se quedó sin parroquia. Después, diez años en Nuestra Señora de las Lágrimas. Cerril, fanático, inculto y reaccionario como una mula de varas. Sin el menor sentido de lo posible, del tipo *omnia sunt possibilia credenti*, esa gente que confunde su punto de vista con la realidad que los rodea... tendría que asistir a una de sus homilías dominicales. Todo un espectáculo. El padre Ferro manejaba las penas del infierno con el mismo desahogo que un predicador de la Contrarreforma, y tenía en vilo a la parroquia con esa cantinela del fuego eterno que ya nadie osaba utilizar. Cada vez que terminaba el sermón, un suspiro de alivio recorría las filas de los feligreses. Y sin embargo, en otras cosas resulta de lo más contradictorio y avanzado. Inoportunamente avanzado, diría yo... Su postura sobre los anticonceptivos, sin ir más lejos: descaradamente a favor. O los sacramentos a homosexuales, divorciados y adúlteros. Hace un par de semanas bautizó a un niño al que el titular de otra parroquia había negado las aguas porque sus padres no estaban casados. Cuando su colega fue a pedirle explicaciones, respondió que él bautizaba a quien le daba la gana"[5].

Algo parecido sucedía con su forma de decir la misa, parte en latín porque, en su opinión, impone más respeto. Y así concluía su resumen el arzobispo indicando que "El padre pertenece a una especie casi desaparecida: viejos curas campesinos que se ordenaban sin disciplina y sin vocación, con el único objeto de escapar a la miseria y la pobreza, y que todavía se asilvestraban más en parroquias rurales dejadas de la mano de Dios. Añada a esto un tremendo orgullo que lo vuelve incontrolable, y que ha terminado por hacerle perder el sentido del mundo en que vive... En otro tiempo lo habríamos fulminado en el acto, o enviado a América, a ver si Dios Nuestro Señor lo llamaba a su seno merced a unas fiebres en el Darién, mientras convertía indígenas a golpes de crucifijo en el lomo"[6].

4. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 91-92.
5. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 129-130.
6. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 130-131.

Cubierta de la novela de Arturo Pérez-Reverte.

Independientemente de la indudable identificación del autor con este tipo tan curioso de sacerdote, a la hora de describir su físico lo hace en términos breves que repite varias veces a lo largo del relato, como estos que toma de una de tantas entrevistas con su prelado, ante en el que comparece "de pie en medio del despacho, pequeño y obstinado, con su cara que parecía tallada a golpes de buril, el pelo blanco recortado a trasquilones y la sotana vieja, raída, bajo la que asomaban los enormes zapatos sin lustrar"[7]. Firme en defensa de su pequeña parroquia, que era "un refugio, una trinchera... frente a tanto cuento. Y tanta mierda"[8]. Más claro, agua.

De todas formas, poco a poco esta pintura del viejo sacerdote aragonés trazada a base de fuertes brochazos, desprovista de matices, contrastada en exceso, se va dul-

7. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 135.
8. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 144-145.

cificando al introducir nuevos datos sobre su personalidad. Así, al dar cuenta de los libros de su biblioteca, detalle éste que siempre tiene para los escritores gran interés para describir las filias y las fobias de sus criaturas literarias, comenta que entre los mismos se hallan, junto a un catecismo de reciente edición y un par de textos de citas latinas, el *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, la *Historia de la Filosofía* de Urdaroz, nada menos que los tres tomos de la *Historia de los heterodoxos españoles*, en la cual, sin la menor duda, hubiera podido alinearse nuestro don Príamo junto a tantos otros paisanos suyos, en el supuesto de que el orondo don Marcelino Menéndez Pelayo hubiera tenido oportunidad histórica de conocerlo. La única concesión novelesca que se permitía era la de *El abogado del diablo* de Morris West, donde tenía torpemente subrayado un amplio párrafo en el que se criticaba el paulatino alejamiento de la jerarquía eclesiástica de la gente común. De todas formas la verdadera novedad libresca la proporcionaban varios textos sobre astronomía, que no encajaban en el estereotipo de los comienzos.

Latines aparte, las celebraciones litúrgicas en las que vestía antiguas prendas ya en desuso, como el amito o casullas del vetusto tipo de guitarra, con peto abierto por ambos lados, demostraban que el padre Ferro asumía tan solo a medias el espíritu de modernidad eclesiástica. Sin embargo, la tranquila reciedumbre de su voz, la natural solemnidad de sus ritos, en el sagrado recinto transformaban su imagen de cura provinciano descuidado siempre en el vestir y el hablar, dotándolo de un aura singular de consuelo y de sosiego que cautivaba a su pequeño auditorio.

Para justificar la temeraria defensa que Don Príamo hacía de su iglesia, el autor insiste, a veces con la terminología castrense que impregna sus libros, en que "Fue párroco rural durante media vida, en un pueblecito perdido de los Pirineos ... Pasaba meses bloqueado por la nieve, y a veces debía recorrer ocho o diez kilómetros para llevar la extremaunción a un moribundo. Sólo había viejos, y se le fueron muriendo uno a uno. Los enterraba con sus propias manos, hasta que ya no hubo nadie. Eso le metió en la cabeza ciertas ideas fijas sobre la vida y sobre la muerte, y sobre el papel que ustedes los sacerdotes desempeñan en el mundo... Para él, esta iglesia es muy importante. La cree necesaria, y afirma que cada iglesia que se cierra o se pierde es un trozo de cielo que desaparece. Y como nadie le hace caso, en vez de rendirse, lucha. Suele decir, que ya perdió demasiadas batallas allá arriba, en las montañas"[9].

Conforme sigue el desarrollo de la trama argumental, la figura del padre Príamo vira a posiciones más amables a los ojos del otro protagonista, el joven agente vaticano del I.O.E., quien no sabe a que carta quedarse con este cura indisciplinado y astrónomo, afición esta que le viene de las largas noches altoaragonesas contemplando el firmamento desde el propio atrio de su iglesia; especialmente cuando visita el pequeño observatorio desde donde realiza sus trabajos, y contempla el amoroso cuidado que dispensa a su instrumental, que brilla a puro frotarlo con el sucio pañuelo de este desaliñado sacerdote.

9. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 249.

A TAMBOR BATIENTE

Ya no está tan claro que aquel sacerdote "con el cigarrillo consumiéndosele en la boca", sea "uno de esos apéndices marginales y miserables del oficio, grises eclesiásticos incapaces de superar su propia mediocridad y su ignorancia"; mas bien señalaba "una variedad clerical distinta: la regresión voluntaria, la renuncia al desempeño brillante de la vocación o la profesión elegida, podían darse en forma de paso atrás realizado con plena conciencia. Saltaba a la vista que el padre Ferro había sido alguna vez algo más que un grosero cura rural, o el párroco hosco y cerrado que se atrincheraba en el latín preconciliar para decir misa... Aquel no era un problema de cultura ni de edad, sino de actitudes". Mientras, él "Seguía con el pitillo en la boca, y las brasas del pésimo tabaco le caían sobre la pechera de la sotana"[10].

El propio don Príamo acepta que en su juventud leyó toda la filosofía de la antigüedad, desde Sócrates a San Agustín, "Y toda la olvidé, salvo un gusto agridulce de melancolía y desilusión. Ahora, con sesenta y cuatro años, lo único que sé de los hombres es que recuerdan, que tienen miedo y que mueren". Durante muchos años buscó a Dios, "Me habría gustado tener unas palabras con Él; una especie de ajuste de cuentas, mano a mano. Vi morir a mucha gente... Olvidado por mi obispo y quienes lo rodeaban, viví en una soledad atroz, de la que salía para decir misa cada domingo en una iglesia pequeña y casi vacía, o para caminar bajo la nieve y la lluvia, chapoteando en el barro, llevando la extremaunción a ancianos que sólo esperaban mi llegada para morirse. Y durante un cuarto de siglo, sentado a la cabecera de agonizantes que se agarraban a mis manos porque yo era su único consuelo"[11].

Sigue el anciano cura desgranando su particular forma de entender la religión y el sacerdocio, "sacó del bolsillo el pañuelo sucio y se sonó ruidosamente. La luz poniente resaltaba los pelos blancos de su barbilla mal afeitada. –Con toda nuestra miserable condición a cuestas, los curas como yo seguimos siendo necesarios... Somos la vieja y parcheada piel del tambor sobre la que aún redobla la gloria de Dios. Y sólo un loco envidiaría semejante secreto. Nosotros conocemos al ángel que tiene la llave del abismo"[12].

Llegamos así a la clave que explica el título de la novela, *La piel del tambor*, es decir, el parche que recibe todos los golpes para que suene y se propague por todo el universo la gloria de Dios, parche que no es otro que el modesto párroco oscense y quienes, como él, se hallan en la primera línea de la asistencia religiosa a la sociedad.

Resulta curiosa esta asimilación que hace el propio protagonista con este instrumento sonoro conocido por las más antiguas culturas, asimilación que nos abre un amplio y curioso abanico de posibilidades interpretativas que, entendemos, merece la pena abordar sobre la base de un somero análisis antropológico que sirva, acaso,

10. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit.*, 322-323.
11. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit.*, 327.
12. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit.*, 330.

para complementar un poco el mensaje del autor. Ya hemos dicho como éste, para reforzar el dibujo de su personalidad, asigna una naturalidad aragonesa a Mosen Príamo, e incluso le hace residir en un oscuro valle pirenaico durante un montón de años.

Parece claro que Pérez-Reverte conoce bien que las fantasías y aún las leyendas tienen poco que ver con nuestro carácter, es más, no pocas veces andan a vueltas con un claro tufillo escéptico y socarrón que casarían bien con el llamado realismo aragonés. Frente a la exuberancia de la cultura gallega, vasca y aún andaluza, contrasta la aridez de nuestra sequedad mitopoyética o mágica, que aparece en negatividad o negrura goyesca. De ahí que frente a aquéllas, la mentalidad aragonesa se constituya en torno a una experiencia patriarcalista del mundo que, en el caso de la novela que nos ocupa, encarna magistralmente el padre Príamo, y aquí el término *padre* rebasa el mero tratamiento formal. De los párrafos entresacados anteriormente referidos a su persona, resulta innegable el predominio de los valores plenamente masculinos de lo recio y la reciedumbre, la sequedad y la fuerza, la pasión por la objetividad, lo bronco, hosco y tosco, en suma, la estereotipada terquedad. Pese al escenario sevillano, el comportamiento del viejo cura de Huesca parece tener mejor acomodo en un entorno agrario y pastoril como el que conoció durante casi toda su vida. La pobreza general del suelo, la sequedad de su tierra, ha condicionado sin duda su experiencia del mundo como duro, recio y, en definitiva, contundente, terco y tieso como los Mallos de Riglos.

Siguiendo con el análisis de esta interesante criatura del escritor cartagenero, convendremos asimismo que, bajo la dura –casi podríamos decir *férrea*, a tono con el apellido– apariencia de su forma de ser y de comportarse, subyace una ternura que hábilmente se pone de relieve en momentos singulares del relato. Pero esta característica, ¿acaso no es una de las formas más genuinas de la personalidad aragonesa? A este respecto el profesor Andrés Ortiz-Osés[13] contrapone el ejemplo vasco que tiene por totem a una diosa Madre que se metamorfosea en bruja inhumana, mientras que los aragoneses tenemos a una Piedra-Pilar que se metamorfosea en humana lo que, antropológicamente, indica que la fachada, la primera impresión del aragonés es dura, turgente, pétrea o férrea, pero que sin embargo, este carácter inorgánico de nuestro consciente se ablanda, se vertebra, se humaniza con el tiempo. Así la caracterización literaria del padre Príamo del comienzo, dura, severa y firme, con el paso de las páginas ofrece ya matices de cierta blandura con algunos toques de lírica ternura.

También en lo estético de esta personalidad cabe aplicar nuestra metodología. En efecto, lo aragonés, y con él el buen cura llegado del Pirineo, prima más lo ético que lo estético, sobre todo si por este último término entendemos lo *bello*. No tenemos una estética de la belleza como la de otras regiones, preferimos antes lo sublime. Mientras que lo bello tiene que ver con la forma, la armonía y la racionalidad, lo subli-

13. A. ORTIZ-OSÉS (1992): *La identidad cultural aragonesa*. Alcañiz, Centro de Estudios Bajoaragoneses, 80-82.

me prefiere lo informe, lo ilimitado, el contraste, la disarmonía. Esta sublimidad ética aragonesa, bien evidente en nuestros principales artistas que buscan potenciar el contraste, el desgarro, la desmesura mesurada, tiene igualmente su versión en el protagonista, como tendremos oportunidad de ver cuando lleguen los sucesos del retablo del Maestro de Retascón, o de las perlas, en los que, claramente, se subordina el valor de estos ricos materiales a las necesidades de sus parroquianos. *Primum vivere*...

Pero no queremos dejar este novelesco buceo antropológico del personaje en cuestión, sin atender a la cualidad por la que se autodefine y que da título al relato, la piel del tambor. Instrumento ancestral, de gran simpleza, apenas una caja de madera forrada de piel de animales, sobre la que redoblan o percuten palillos o mazos también de madera, diferentes civilizaciones han encontrado en él una suerte de fuerza genesíaca o de creación del mundo, a través del batir y del sonido primario y su ritmación vital, algo así como el símbolo de la emergencia o despertar de la potencia cósmica, de mediación o de transición entre el cielo y la tierra.

Esta es, precisamente, la función que Pérez-Reverte encomienda a Mosen Príamo, la de ser la gastada piel del tambor sobre la que redobla la gloria de Dios, y que le permite, de paso, ser conocedor del secreto del ángel que tiene la llave del abismo. Bien, aquí tenemos también un nuevo elemento que insiste en la aragonesización del personaje, en este caso vinculado a la rica tradición turolense de los tambores semanasantistas, que cumplen con su violento atronar de estas jornadas, en cierto modo, el mismo papel de intermediarios con la divinidad que el buen sacerdote de la novela.

EL MAESTRO DE RETASCÓN

Hecho este inciso, retomamos el hilo argumental de la novela en lo que atañe a Mosen Príamo Ferro, en el momento en que sus adversarios que pretenden secularizar y derruir su iglesia de Nuestra Señora de las Lágrimas, para poder ejecutar sus proyectos de especulación urbanística, con la propia aquiescencia del arzobispo, filtran su expediente personal en el que se cuenta como "Diez años atrás, el padre Ferro se había visto sometido a un expediente eclesiástico en la diócesis de Huesca, como resultado de una venta no autorizada de bienes de la iglesia. Durante su última etapa al frente de la parroquia de Cillas de Ansó, en el Pirineo, habían desaparecido una tabla y un Cristo crucificado. El Cristo no era gran cosa; pero la tabla, del primer cuarto del siglo XV y atribuida al Maestro de Retascón, fue echada en falta por el obispo local. De todas formas la parroquia era de tercer orden y ese tipo de incidentes resultaban comunes en la época, cuando los párrocos podían disponer casi con entera libertad del patrimonio bajo su custodia. El padre Ferro había salido bien librado, con una amonestación simple de su ordinario"[14].

Por supuesto que esta información fue confirmada en los archivos centrales de la policía, que daban cuenta que, efectivamente, un retablo de las mismas caracterísi-

14. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 385.

Detalle del banco del retablo de la Virgen, obra del Maestro de Retascón, que se conserva en la iglesia de esta localidad junto a Daroca.

Vista panorámica de Retascón (Zaragoza).

cas que el de Cillas de Ansó, había sido adquirido de forma legal por la casa de subastas Claymore de Madrid a través del marchante Francisco Montegrifo, quien multiplicó por seis el precio que había pagado al párroco don Príamo Ferro Ordás. Bien, por primera y casi única vez nos enteramos del segundo apellido de nuestro buen cura, Ordás, y advertimos que tanto la casa de subastas como el marchante son personajes que desempeñaron idéntico papel en otra novela de Arturo Pérez-Reverte, "La tabla de Flandes".

Ignoramos donde pudo éste documentarse sobre el escasamente conocido Maestro de Retascón. Ignorado para las principales enciclopedias, apenas merece alguna atención en la Aragonesa, que a su vez remite a otras fuentes documentales de autores aragoneses tampoco excesivamente difundidas[15]. Así llamado por el retablo que se conserva en la iglesia de este pequeño lugar próximo a la ciudad de Daroca, dedicado a la Virgen María y compuesto de diecinueve tablas caprichosamente colocadas, en el que colaboraron el denominado Maestro de Langa, y otro de formación valenciana del que sólo se conservan en Aragón las tablas de este retablo retasconero por el que recibió el nombre con el que hoy es conocido, y cuya fabricación se sitúa hacia 1425; exactamente en la misma fecha que lo data la novela.

Los historiadores del arte destacan en este Maestro de Retascón la serenidad y la lírica dulzura de sus obras, su amor al detalle así como la libertad con la que desarrolla sus temas. De pintura muy cuidada tanto en la composición como en las figuras, rostros, vestidos, etc., se conocen algunas otras tablas suyas diseminadas hoy por varias colecciones particulares y museos.

Nuevo guiño a un personaje aragonés encontramos páginas adelante, en esta ocasión referido al escritor oscense Ramón J. Sender, esta vez en boca de la monja americana, Gris Marsala, que trabajaba por su cuenta y a espaldas de su orden en la restauración de la dichosa iglesia sevillana, quien, al comentar los trabajos del viejo cura señala que "En cuanto a don Príamo, me recuerda ese libro magnífico de un español a quien tuve ocasión de oír en la universidad, Ramón Sender: *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*. ¡Aquel conquistador pequeño, desconfiado y duro, que cojeaba de viejas heridas e iba siempre armado a pesar del calor, pues no se fiaba de nadie!... Igual que él, nuestro párroco ha decidido rebelarse contra un rey lejano e ingrato, y librar su guerra personal"[16].

Conociendo el estilo y la producción literaria de Pérez-Reverte no nos sorprende este pequeño homenaje al célebre escritor de Chalamera, con cuya obra encontramos bastantes puntos en común, empezando por "Mister Witz en el Cantón" dedicado, como es conocido, a la etapa cantonal de la ciudad natal de aquel autor. De todas formas, el papel que juega esta monja durante gran parte del relato recuerda, en cierto modo, al de la doctoranda Nancy de las populares *Tesis* de Sender.

15. F. MAÑAS BALLESTÍN (1982): Retascón, Maestro de. *Gran Enciclopedia Aragonesa, 11*, 2875. Zaragoza.

16. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 406.

Sigue la trama con sus idas y venidas de personajes principales y secundarios, y cada vez es más evidente la identificación entre los dos sacerdotes protagonistas, atrás queda el violento choque generacional e ideológico. De todas formas, el joven agente del *Instituto per le Opere Esteriore* no deja de pedir cuentas sobre el asunto de la venta de la tabla gótica del Maestro de Retascón aprovechando unos momentos de intimidad en el pequeño observatorio. Don Príamo, "Metió una mano en un bolsillo de la sotana para sacar un cigarrillo de la abollada cajita de lata. Al inclinarse sobre la llama protegida en el hueco de la mano, el resplandor rojizo iluminó cicatrices y arrugas en su rostro devastado, los pelos blancos y negros de la barba mal afeitada y crecida de nuevo, las manchas grisáceas en el cuello, las mangas de la sotana"; y así justificaba aquella venta: "La iglesia era románica, pequeña. Vigas podridas y muros agrietados. Anidaban en ella los cuervos y las ratas... Era una parroquia muy pobre, tanto que a veces no tenía ni para comprar vino de misa. Y mis feligreses vivían repartidos en varios kilómetros a la redonda. Gente humilde, pastores y campesinos. Gente mayor, enferma, inculta, sin futuro. Y yo, cada día durante la semana para mí solo y los domingos para ellos, decía misa ante un retablo amenazado por la humedad, las goteras, la carcoma... España estaba llena de lugares así, de obras de arte indefensas que eran robadas por traficantes, desaparecían al caerse el techo de la iglesia, o quedaban expuestas al fuego, a la lluvia, la miseria... Sin ser una suma extraordinaria, era un nuevo techo para la iglesia y, lo más importante, ayuda para mis feligreses". Ante las reticencias de Quart concluye, "Pues claro que lo vendí. Sin dudarlo un momento. Con eso reparé el tejado, obtuve medicamentos para los enfermos, palié los daños de las heladas y de las enfermedades del ganado... Ayudé a vivir y a morir a la gente"[17].

Se confirma en el propio talante y en la forma de proceder de Mosen Príamo, cuanto hablábamos de la ética y de la estética aragonesa capaz de subordinar valiosas obras de arte a las necesidades de sus legítimos propietarios, los pobres feligreses de Cillas de Ansó.

No le importó gran cosa el baldón que tal venta supuso en su expediente eclesiástico, y en tono de reto recuerda todavía que tuvo con tal motivo "una desagradable entrevista con mi obispo... Si en Roma hicieran lo mismo, le repliqué, otro gallo cantaría. Pero aquí el único gallo que oímos cantar es el de San Pedro". No parecía muy entusiasmado con la figura de Simón el pescador, a quien echaba en cara no haberse dejado matar en Getsemaní cuando sacó la espada para defender al Maestro, aunque ello hubiese supuesto quedarse sin el primer papa, al cabo, concluía, "En nuestro oficio hay papas de sobra. Lo que faltan son cojones"[18].

Transcurre la obra con el ritmo y la agilidad que este autor sabe imprimir a sus libros, donde queda escaso margen para el sosiego habida cuenta del dinamismo con que se suceden las secuencias. Aunque como vemos ya ha quedado suficiente-

17. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 461.

18. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 463.

mente trazado el perfil de nuestro sacerdote, todavía en los capítulos finales encontramos algunas nuevas pinceladas. Así, al declararse culpable del tercer y último asesinato, cuando de nuevo se encuentra con su antiguo adversario, el joven sacerdote del I.O.E., "Príamo Ferro miró a Quart de un modo singular, como no lo había hecho nunca hasta entonces. Una mirada, por una vez desprovista de dureza. Agradecida, tal vez. El mentón del anciano tembló un momento, cual si fuese a pronunciar palabras que se resistían en sus labios. De pronto parpadeó apretando los dientes, todo aquello fue borrado en el acto de su rostro, y sólo quedó el pequeño y desabrido párroco que paseó alrededor una mirada hostil"[19].

Por la apresurada descripción de la ficha policial confirmamos el nombre completo, Príamo Ferro Ordás, su naturalidad de Tormos en la provincia de Huesca, y de su firma, "un trazo torpe, casi un garabato". Y ya sólo nos queda destacar la escena de la despedida de los dos sacerdotes protagonistas, seguramente uno de los momentos de mayor lirismo de la novela, "Allí, al extremo, en una pequeña habitación con un guardia en la puerta, el padre Ferro estaba sentado en una silla, sin sotana, con un pantalón gris bajo el que asomaban sus viejos zapatos sin lustrar, y una camisa blanca abotonada hasta el cuello ... parecía muy pequeño y desamparado, el hirsuto pelo blanco a trasquilones, la barba de casi dos días entre marcas, arrugas y cicatrices. Sus ojos oscuros, enrojecidos en los lacrimales, observaron al recién llegado, impasibles. Entonces Quart fue hasta él y, mientras el subcomisario y el guardia lo miraban atónitos desde la puerta, se arrodilló ante el viejo sacerdote. –Padre. Absuélvame, porque he pecado. Eran sus excusas, su respeto, su contrición; y necesitaba dar testimonio público de ello. Por un momento el asombro conmovió la mirada del párroco... Por fin alzó lentamente una mano e hizo la señal de la cruz sobre la cabeza de Lorenzo Quart. En los ojos del anciano había un brillo húmedo de reconocimiento; temblaban su barbilla y sus labios mientras pronunciaba en silencio, sin palabras, la antigua fórmula del consuelo y de la esperanza"[20].

PRÍAMO FERRO *VERSUS* BRUNO FIERRO

Puestas de relieve las evidentes connotaciones aragonesas encontradas en esta novela, para terminar unas consideraciones acerca, precisamente, del propio nombre de nuestro protagonista, así como de los lugares donde nació y pasó la mayor parte de su vida.

Un par de veces se da aquél completo a lo largo del relato, Príamo Ferro Ordás. Descartado el segundo apellido, harto común en tierras de Huesca, centrémonos en el patronímico, Príamo, desconocido en todo el santoral católico, y que, sin duda, toma el autor del último rey de Troya, cuyo trono le fue cedido, nada menos, que por Hércules, y que conservó hasta que los aqueos, al mando de Agamenón, se apoderaron de la ciudad. Tuvo este Príamo mitológico fama de justo, e hizo renacer a Troya

19. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 539.

20. A. PÉREZ-REVERTE: *Op. cit*., 558.

de sus ruinas, convirtiéndola en una ciudad fuerte y bella, con sólidas alianzas con muchas diminutas monarquías del Asia Menor. Murió decapitado cuando, ya anciano y tras contemplar la muerte de sus hijos, la ciudad fue tomada por los griegos.

Personaje de la Iliada, Homero describe en el canto sexto de forma bellísima la despedida de su hijo mayor Héctor, que sucumbió bajo la terrible lanza de Aquiles. Fue también recordado por Virgilio en la Eneida, siempre como hombre valeroso, prudente y dotado de gran autoridad. Dejando a un lado este discreto homenaje de Pérez-Reverte a la Grecia clásica, no podemos menos que reconocer que todas estas cualidades y devenires que adornaron al viejo rey de Troya, en cierto modo pueden trasladarse también al viejo párroco altoaragonés.

Pero hay otra personalidad histórica que emparenta asimismo con él, y para ello el autor aprovecha su primer apellido, Ferro, que por otra parte remacha su idiosincrasia dura y *férrea*. Nos estamos refiriendo a Mosen Bruno Fierro, aquel cura genial de la localidad pirenaica de Saravillo con fama de santo por su capacidad para *esconjurar* tormentas y, sobre todo, de hacer que descargasen sobre el odiado pueblo vecino de Plan, "que pareceba una talega en pie... de mediana estatura y recio, cuadrado, la cabeza grande, los ojos vivos, cejas muy pobladas y unidas y nariz algo chata, por donde, entre ganguear y hablar despacio, como quien mide las palabras, cualquiera que bien no le conociese dábase a entender que las profería con sorna... tutear solía de buenas a primeras, a todo el mundo, del rey abajo, fundándolo en que no podía ser otra cosa después de tutear a Dios. No tuvo rival en el juego de pelota, tiraba la barra con sin igual destreza y era gran cazador, aunque dicen que salía con la escopeta por despistar a los carabineros, pues andaba en el contrabando. Pero su principal afición era la pesca".

Cambiemos estas querencias de Mosen Bruno por los antiguos deportes aragoneses, la caza o la pesca, por la afición al estudio de los astros de don Príamo, y tendremos asimismo un gran paralelismo entre la forma de ser de ambos sacerdotes oscenses. Recuérdese el desenfado y las licencias de éste para tratar a su arzobispo o para hablar de los papas, con las de aquel, como evoca la anécdota de la conversación del recién ordenado Bruno con el obispo, cuando éste se sinceraba diciéndole: "Arrepentido estoy ya de haberte ordenado cura", a lo que le contestó impávido: "Y más que te arrepentirás, y más que te arrepentirás".

Tuvo este Mosen Bruno Fierro existencia real a fines del siglo XIX, si bien la fantasía popular le ha atribuido todo género de picardías, inventadas o de las más diversas procedencias, desde los Pirineos hasta el Ebro. Mezcla pues entre el Príamo de la antigüedad griega y el no menos célebre Mosen Bruno del Pirineo, la personalidad de don Príamo Ferro, el párroco de la iglesia sevillana de Nuestra Señora de las Lágrimas, responde a una acabada tipología netamente aragonesa.

Sitúa el autor su lugar de origen en la localidad oscense de Tormos, que pudiera referirse a la colonia del mismo nombre del municipio de Alcalá de Gurrea, a cinco kilómetros del mismo, pues las únicas poblaciones con entidad propia de nombre parecido se encuentran ya en la provincia de Teruel, Tormón, en plena sierra de Albarracín, y Tornos, junto a la laguna de Gallocanta. Y sobre el pequeño pueblo donde ejerció casi toda su vida el ministerio sacerdotal, Cillas de Ansó, en el obispa-

do de Huesca, decir que no existe otro topónimo similar en Aragón, como no sea el de un pequeño monte cerca de Jaca, de cuyo obispado depende la localidad de Ansó, pues el otro más parecido es Lascellas, pueblo sufragáneo del de Barbastro.

Dejando aparte estas disquisiciones menores, que para eso están las libertades literarias del escritor, destacar de nuevo los sugerentes guiños aragoneses que encontramos en esta conocida obra de Arturo Pérez-Reverte, también el gusto por salpicar con refranes los diálogos de sus personajes, o de emplear el término calamocha para definir ese especial ocre típico de las tapias sevillanas que, para los nacidos en la villa turolense del mismo nombre, es asimismo un guiño cómplice. Como lo es el hecho de tropezarnos con la presencia del Maestro de Retascón, este buen pintor gótico de los primeros años del siglo XV, que vino a dejar su obra más representativa, precisamente, en un pequeño pueblo que hoy no alcanza el centenar de habitantes, en el que transcurrió buena parte de los veranos de nuestra infancia al abrigo de nuestra abuela materna.

Nos damos cuenta de que hemos destripado un poco el contenido de la novela. No pasa nada. En ésta, como en todas las buenas obras de intriga, el desenlace no se conoce hasta la última línea del último párrafo.